

LA ONOMÁSTICA COMO INDICADOR DE IDENTIDAD EN EL BAJO IMPERIO ROMANO. UNA APROXIMACIÓN A LAS PROBLEMÁTICAS ANALÍTICAS*

Oriol Dinarès Cabrerizo

Grup de Recerques en Antiguitat Tardana (GRAT)
Universitat de Barcelona

Tradicionalmente, la onomástica ha sido utilizada por los investigadores de la Antigüedad como una herramienta para rastrear el origen étnico de muchos personajes, en especial en la Antigüedad Tardía, una época en la cual el choque, más o menos intenso, entre culturas distintas se ha considerado uno de los grandes rasgos distintivos del período. No obstante, los estudios históricos más recientes¹ apuntan los peligros y las irregularidades del uso de criterios exclusivamente onomásticos cuando se trata de definir la etnia de sus “titulares”. Como tendencia general, últimamente se tiende a considerar las cuestiones de etnología, en el

* Este estudio se enmarca en los proyectos de investigación HAR2013-42584-P del MCI y del GRAT, Grupo de Investigación 2009SGR-1255 de la Generalitat de Catalunya, de los cuales es investigador principal el profesor Josep Vilella.

¹ Entre otros, Macbain, B., “Odovacar the Hun?”, *CPh* 78/4, 1983, 324; Halsall, G., *Barbarian Migrations and the Roman West, 376-568*, Cambridge 2007, 469; Amory, P., *People and Identity in Ostrogothic Italy. 489-554*, Cambridge 1997, 87; Maenchen-Helfen, O., *The world of the Huns, studies on their History and Culture*, Berkeley 1973, 382-385. Para el caso de la Hispania visigoda, véase Gallego Franco, H., “Algunas reflexiones en torno al aspecto étnico-cultural en la onomástica femenina de las fuentes epigráficas de la Hispania tardoantigua”, *HAnt* 31, 2007, 211.

contexto de los siglos IV-VI d. C., en un ámbito cultural, o incluso religioso, antes que estrictamente étnico, ya no digamos racial².

En otras palabras, cuando estudiamos a las aristocracias (pero no exclusivamente) romano-germánicas del Bajo Imperio romano y de los primeros reinos germánicos, debemos tender a ver en los apelativos de “godo”, “franco”, “huno”, “vándalo”, “romano”, definiciones no tanto de la adscripción a una etnia o raza determinada sino a la adscripción a grupos culturales, como por ejemplo “cristiano”, “pagano”, “arriano”, etc., más o menos definidos por las fuentes que utilizan estos términos. Cabe recordar que, como regla general, la práctica totalidad de estas fuentes son romanas y de tendencia católica nicena, lo cual obvia, menosprecia o manipula posibles visiones alternativas relativas a identidad cultural o étnica³. Partiendo de esta base, pues, los nombres propios de las personas deberían ser considerados desde este punto de vista cultural antes que étnico. Que un hombre o una mujer tengan un nombre germánico no debería convertirles, *a priori*, en étnicamente pertenecientes a grupos de población originarios del nordeste de Europa. De igual manera, que tengan un nombre romano, ya sea de raíz latina o griega, no significa que automáticamente puedan ser identificados como descendientes de habitantes del interior de las fronteras del imperio⁴. De nuevo, no es en vano que recordemos que, incluso dentro de las fronteras del Imperio, coexisten, en los siglos IV-VI d. C., un gran número de etnias y culturas distintas que, con frecuencia, eran ajenas, en cierta medida, a la cultura grecolatina imperante entre la élite⁵. Así pues, ¿la onomástica es útil como fuente de información sólo en un

² Coumert, M.; Dumezil, B., *Los reinos bárbaros en Occidente*, Granada 2013 [trad. del original francés *Les royaumes barbares en Occident* (2010), por Rafael Peinado]; Halsall, G., *Barbarian Migrations*, cit., 35-45; Lee, A. D., *War in Late Antiquity: a Social History*, Malden 2007, 84. Por contra, Heather, P., *The Goths*, Oxford 1996, 169-178, hace hincapié en el componente étnico de los “pueblos migratorios” todavía en el siglo V.

³ En la Galia, Wood, I. N., “Continuity or Calamity: the Constraints of Literary Models”, en Drinkwater, J.; Elton, H. (coord.), *Fifth-century Gaul: a Crisis of Identity?*, Cambridge 1992, 9-18.

⁴ Un ejemplo de ello es Serapión, el sobrino del rey alemán Chonodomaro, que tiene un nombre teofórico greco-egipcio, siendo miembro de la nobleza de una nación que no se encuentra sometida, directamente, al Imperio Romano (Amm. Marc., XVI, 12, 25, ed. Seyfarth, W., *Ammiani Marcellini Rerum Gestarum*, vol. I, Teubner, Stuttgart-Leipzig 1999, 93).

⁵ Es el caso de algunos campesinos galos, Brown, P., *El mundo en la Antigüedad Tardía (de Marco Aurelio a Mahoma)*, Madrid 1989 [trad. del original inglés *The World of Late*

sentido estrictamente cultural? En parte sí, pero en este estudio haremos hincapié en el hecho de que, incluso en este ámbito, es necesario hacer una serie de consideraciones previas.

De hecho, el objetivo de esta investigación no es el de resolver el permanente y persistente problema de la definición de identidades en la Antigüedad Tardía, sino el de bosquejar unos criterios y unas problemáticas de investigación única y exclusivamente relacionados con la onomástica. En primer lugar, se debe estudiar el uso que se le da a los nombres en la época que nos ocupa, para averiguar si tiene una especial significación el hecho de que los aristócratas se llamen de una manera u otra. Desafortunadamente, este estudio se centra casi exclusivamente en los aristócratas y otros personajes de clase elevada, ya que la información referente a los estratos más humildes no permite un análisis tan profundo como en el caso de la élite, con lo cual es difícil valorar si entre las clases bajas se mantenían los criterios onomásticos (que en breve trataremos) de la élite, o si, contrariamente, seguían sus propios criterios. En segundo lugar, profundizaremos en la información que nos proporciona la onomástica en cuestiones de identidad, centrándonos en los ejemplos de identificación social, religiosa y cultural, en especial, romano-germánica.

Aspectos de la onomástica en las aristocracias romanas

No cabe duda de la importancia de la onomástica, no sólo en la construcción, sino también en la afirmación, de la identidad romana. Desde la época republicana, el nombre de un romano no sólo es un elemento que le distingue de los otros individuos, sino que le define como romano, por cuanto que participa de un sistema de nomenclatura único entre los pueblos indoeuropeos; y también dentro de su propia sociedad, ya que define su ascendente y su estatus dentro de la

Antiquity (1971), por Antonio Piñero], 21, que mantienen usos y lenguaje propios, así como también lo hacen los isaurios (Lenski, N., “Assimilation and revolt in the territory of Isauria, from the 1st century BC to the 6th century AD”, *JESHO*, 42/4, 1999, 416) o los copios egipcios (Cotton, H., *et alii*, *From Hellenism to Islam. Cultural and Linguistic Change in Roman Near East*, Cambridge 2009, 405); o los vascones, considerados plenamente bárbaros a pasar de su ciudadanía romana (Sayas Abengoetxea, J. J., “La presión cristiana sobre los territorios vascónicos en época bajoimperial”, *Congreso de Estudios Históricos de Vizcaya en la Edad Media*, Bilbao 1986, 54-56).

comunidad⁶. La evolución del nombre romano desde sus oscuros orígenes prehistóricos es larga y constante, por más que, de un modo relativamente artificial, haya quedado fosilizado como “ideal” o “canónico” el sistema tardorrepblicano de los *tria nomina*. A grandes rasgos, la evolución de la onomástica romana hasta el siglo III d. C. siguió un modelo de filiación gentilicia, a la que se iban añadiendo complementos, en un principio de carácter personal pero sin perder su esencia como indicadores de pertenencia a un grupo familiar⁷. Oficialmente, todo ciudadano romano tenía un *praenomen*, un *nomen* y una *tribu*, que originalmente tenía también un significado gentilicio y que con el tiempo terminó constanding simplemente como identificación jurídica, en tanto que los romanos votaban en los comicios según la adscripción de su *tribu*; elementos a los cuales los aristócratas añadían *cognomina* y *agnomina*⁸. Las mujeres también participaban de este sistema, pero en una versión más reducida, claro ejemplo de su carácter social y jurídicamente inferior en el mundo romano⁹.

Tal era la importancia del sistema de nomenclatura romano a nivel social y jurídico, que con el avance de la romanización, la concesión de ciudadanía romana iba de la mano de la adopción de los *tria nomina* por parte de los *peregrini*¹⁰.

⁶ Una valoración de la importancia de la onomástica, en general, como elemento identitario entre los distintos pueblos de la Antigüedad, en Vallejo Ruiz, J. M.^a, “Los celtas y la onomástica. El caso hispano”, *Palaeohispanica* 10, 2010, 629-633.

⁷ Kajanto, I., *The Latin Cognomina*, Roma 1982 [1ª ed., Helsinki (1965)], 19. El P. Valerius arcaico se definía por su *nomen* gentilicio y su *praenomen* diacrítico, siendo el *nomen* la parte más importante del nombre. A finales de la República, un miembro de la *gens* Valeria se definía también mediante su *cognomen* (P. Valerius Messalla), un elemento que originalmente distinguía al individuo pero que con el tiempo terminó distinguiendo clanes familiares dentro de una misma *gens* (Cornelii Scipiones, Fabii Maximi, Aemilii Pauli, etcétera). Y algunos también se distinguían por sus *agnomina*, sobrenombres diacríticos que cumplían la misma función que los *cognomina* originales (P. Cornelius Scipio Africanus). Sucesivos *agnomina* o la inclusión de patronímicos de adopción (C. Iulius Caesar Octavianus) se regían por la misma regla: definir al individuo en función de un, más o menos estricto, código gentilicio.

⁸ Kajanto, I., *The Latin Cognomina*, *cit.*, 132, observa que en época republicana, el *cognomen* era casi privativo de la aristocracia.

⁹ Kajanto, I., *The Latin Cognomina*, *cit.*, 29: al *nomen* sólo se le añadía, como diacrítico, un *cognomen* identificativo personal (Secunda, Tertia, Minor, Maior) y sólo en épocas tardías y en el caso de aristócratas, heredaban, en cierto modo, el *cognomen* paterno.

¹⁰ En una fase inicial, el “bronce de Ascoli” (CIL I, 709), presenta varios casos indicativos

La presencia del elemento indígena en los nombres de los nuevos ciudadanos romanos de la baja República y el Alto Imperio es limitada, pero en ningún caso anecdótica, y fácilmente encontramos algunos ejemplos de ello, por descontado, debidamente latinizados¹¹. En estos casos se sigue, en cierto modo, el modelo de los libertos, que añaden el *praenomen* y el *nomen* de su dueño a su nombre de esclavo, que figura como *cognomen*¹². Aparte de esta cuestión, con el avance de la romanización se produce un fenómeno importante, sobre todo a raíz de las concesiones de ciudadanía por parte de los emperadores del Alto Imperio: la adopción de los nombres imperiales. Estableciendo un paralelismo con las implicaciones de patronazgo del nombre de los libertos por parte de sus antiguos amos, los nuevos ciudadanos romanos adoptan el nombre (*praenomen* y *nomen*, en general) de los emperadores que les han concedido la ciudadanía como elemento no sólo de clientelismo hacia el emperador, sino también como símbolo de prestigio personal¹³. A pesar de ello, entre los miembros de la aristocracia romana, aun sin tratarse de familias originalmente descendientes de la vieja *nobilitas* republicana, sino simplemente miembros de la élite itálica que había ascendido en el siglo I a. C., esta práctica no se hizo notar demasiado, pues monopolizaban el Senado familias de cultura romana o plenamente romanizada que conservaban el uso de

del proceso de romanización onomástica: el *ilerdense* Q. Otacilius Suisetarten f., por ejemplo: Suisetarten no es el *cognomen* del individuo, sino el nombre de su padre. Observamos, pues, cómo un personaje con un nombre plenamente romano ni siquiera mantiene elementos indígenas patronímicos al cambiar su nombre cuando adquiere la ciudadanía. Un panorama general de Hispania durante la República y el Alto Imperio en Cranford, D., “A Roman in Name Only”, *Eras* 13/2, 2012, 1-44.

¹¹ Zeidler, J., “Research on *Interferenzonomastik* in Roman Gaul”, *Network for Intercultural Onomastics, Gallo-Roman Series*, 2004, 2-3; Kajanto, I., *The Latin Cognomina*, *cit.*, 16-19. En Hispania, una relación de onomástica indígena, con inclusión de los *tria nomina*, en Vallejo Ruiz, J. M.^a, “Los celtas y la onomástica”, *cit.*, 636-638. Aun así, durante la Antigüedad Tardía esta proporción de nombres indígenas había descendido muy significativamente, véase Gallego Franco, H., “Algunas reflexiones”, *cit.*, 214.

¹² Así, podemos encontrar un M. Horatius Bodonilur en Hispania, que adopta los *tria nomina* romanos, donde el *cognomen* es claramente de origen indígena (CIL II, 2114), Cranford, D., “A Roman in Name Only”, *cit.*, 22.

¹³ La incidencia de *nomina* “populares” en la República tardía y el Alto Imperio como símbolo de prestigio entre las élites hispanas, en González Román, C., “La *Lex Irnitana* y la onomástica de los municipios flavios”, *MHA* 27, 2002, 84-85.

la nomenclatura tradicional¹⁴. Por supuesto, también entre estos personajes evolucionó el sistema onomástico, añadiéndose sucesivos *agnomina*, o alternando *cognomina* paternos y maternos en una clara demostración de nobleza cada vez más exclusivista, que tomaba en consideración los ancestros paternos y maternos, no tanto por la propia madre sino por el abuelo materno.

Según B. Salway, este sistema de nomenclatura gentilicia se mantuvo como único hasta el 212 d. C., año de la *Constitutio Antoniniana*, cuando la concesión de ciudadanía masiva a todos los habitantes libres del imperio (con contadas excepciones), estableció un nuevo sistema onomástico, al principio circunstancial pero ya plenamente instaurado durante el Bajo Imperio: la nomenclatura según el rango social¹⁵. En efecto, cuando un gran número de nuevos ciudadanos, poco o nada romanizados, recibieron la ciudadanía, fueron incluidos en masa en el sistema de los *tria nomina* romanos, pero sólo superficialmente (gran parte de los campesinos y soldados egipcios pasaron a llamarse M. Aurelius + *cognomen* indígena u original). Fue tal el número de M. Aurelii, o simplemente Aurelii, debido a que el *prae-nomen* tendió a desaparecer, que este nombre se convirtió en un puro formalismo para los nuevos ciudadanos, que no se distinguían por él. Con el ascenso, primero, de Diocleciano (C. Valerius Diocles / Diocletianus) y, después, de Constantino (M. Flavius Valerius Constantinus), el *nomen* Valerius fue adoptado, primero, por los tetrarcas y, después, el de Flavius, por los miembros de la dinastía constantiniana. Por extensión, los nuevos emperadores, los altos cargos y los personajes vinculados a la administración imperial adoptaron el *nomen* Flavius (que se acabó imponiendo al Valerius tetrárquico) como marca de prestigio y de adscripción a la dinastía imperial, culminando una evolución del nombre como símbolo de relaciones, ya no tanto familiares como clientelares, que se había puesto de relieve con Caracalla pero que se había ido gestando mucho antes, convirtiéndose este *nomen* en una especie de *praenomen* (abreviado, Fl.) a efectos prácticos. En el caso del *nomen* Flavius aplicado a los sucesivos emperadores, o reyes bárbaros¹⁶,

¹⁴ El carácter eminentemente itálico de la aristocracia senatorial en Hammond, M., "Composition of the Senate. AD 69-235", *JRS* 47/1-2, 1957, 75-77.

¹⁵ Salway, B., "What's in a Name? A Survey of Roman Onomastic Practice from c. 700 B.C. to A.D. 700", *JRS* 84, 1994, 133-136. Aunque el autor depende en demasía de los estudios onomásticos de Egipto, su modelo parece tener, a grandes rasgos, validez en otras zonas del Imperio.

¹⁶ Caso del rey longobardo Flavio Autario: Paul. Diacon, *Hist. Lang.*, III, 16, ed. Waitz, G., *MGH srl*, Hannover, 1878, 100-101: *Authari, Clephonis filium, supra memorati*

como marca de prestigio y dignidad, podríamos establecer un paralelismo o, mejor dicho, una traza evolutiva, con el Caesar altoimperial. Un tercer elemento en la onomástica bajoimperial, por supuesto, fue la popularización de *cognomina* de tipo bíblico o cristiano a medida que la nueva religión se fue oficializando más; fenómeno que, en general, tendía a expandirse¹⁷. Así, durante el Bajo Imperio, subsistían los dos sistemas onomásticos, el tradicional gentilicio y el nuevo según el rango, pues se tendían a minimizar, entre los nuevos ciudadanos, las atribuciones tradicionales de la nomenclatura gentilicia, que ya sólo tenía sentido como distintivo de clase de la aristocracia tradicional. En este sentido, ante la proliferación de larguísimos, y pedantes, según algunos¹⁸, polinomios, se impuso la costumbre de considerar el último *cognomen* o *agnomen* como diacrítico; debido a esto, a veces algunos personajes cambiaban el orden de sus nombres según cuál utilizaran como diacrítico¹⁹. Aun así, estos dos sistemas solían combinarse entre ellos²⁰.

principis, regem sibi statuerunt. Quem etiam ob dignitate Flauium appellarunt.

¹⁷ Kajanto, I., *The Latin Cognomina*, cit., 134-135. Bagnall, R., “Religious conversion and onomastic change in Early Byzantine Egypt”, *BASP* 19, 1982, 124, para el caso de Egipto. No obstante, el propio autor se cuestiona la fiabilidad de estos datos, teniendo en cuenta que no todos los nuevos conversos se cambiaban a la fuerza el nombre (Bagnall, R., “Religious conversion”, cit., 117). Las conclusiones demográficas sobre la expansión de la nueva fe en Egipto basadas en la onomástica, irrelevantes en nuestra investigación, fueron más tarde matizadas en Bagnall, R., “Conversion and Onomastics: a Reply”, *ZPE* 69, 1987, 245.

¹⁸ Auson., *Opuscula, Ausonius lectori sal.*, 9-12, ed. Schenkel, K., *MGH aa*, 5/2, Berlin 1883, 2: *hinc late fusa est cognatio. nomina multis/ ex nostra, ut placitum, ducta domo ueniant./ deriuata aliis, nobis ab stemmate primo/ et non cognate, sed genetiu, placent.*

¹⁹ Salway, B., “What’s in a Name?”, cit., 142. Pontius Meropius Paulinus, que ya había perdido el *praenomen*, era conocido, simplemente, como Paulinus. También G. Sollius Apollinaris Sidonius sería conocido como Sidonius, por ejemplo, pero su hijo podría llamarse G. Sollius Sidonius Apollinaris y ser conocido como Apollinaris. Malch., *Frag.* 14, ed. Blockley, R. C., *The Fragmentary Classicising Historians of The Later Roman Empire II*, Liverpool 1983, 418, denomina simplemente “Augusto” al emperador Rómulo, claramente utilizando su último *cognomen* como diacrítico, de modo absurdo, pues la gran mayoría de emperadores de la época llevaban Augustus como último *cognomen*, lo cual hubiese provocado que todos ellos fueran conocidos como Augusto (como era el caso, de hecho, pero no como diacrítico, sino como título).

²⁰ Fl. Caecina Decius Maximus Basilius, de los Caecinae Decii (cos. 480), combinaba sus nombres tradicionales de aristócrata romano adquiridos a lo largo de años de ilustres ascendentes masculinos y femeninos con el Flavius propio de los altos funcionarios del

Así, el *nomen* Flavius definiría convencionalmente a los miembros de la alta *mitia* imperial, en oposición a los Aurelii, en general de inferior condición social²¹. Aunque los Flavius tuviesen orígenes humildes, la adopción y el uso de este *nomen* era, a todos los efectos, una marca aristocrática, teniendo en cuenta la concepción de la misma como nobleza de servicio, tan habitual en el Bajo Imperio.

En el Bajo Imperio, pues, la onomástica no es ni arbitraria ni accidental, sino que sigue rigiéndose por un sistema, o más bien varios sistemas, bien definidos²². Los nombres de los individuos siguen cumpliendo una función básica de información personal, que ya no es la rígida definición de la *romanitas* arcaica y republicana, sino una definición evolucionada pero aún plenamente romana: la del individuo como miembro de un clan familiar y, al mismo tiempo, como miembro de una sociedad jerarquizada y definida, mediante la advocación conjunta de nombres familiares y nombres “oficiales” imperiales (Flavius, Aurelius, Valerius). ¿Cómo se refleja esto en las fuentes? ¿Se puede recurrir a la onomástica de los aristócratas para rastrear prácticas identitarias? En primer lugar cabe recordar que, si bien era tenido por práctica propia de la aristocracia senatorial tradicional el uso de polinomios, no podemos estar seguros de que muchos de los personajes que aparecen en las fuentes no tuvieran más de un nombre, que habitualmente es su *cognomen* diacrítico, pero a veces, en ámbitos informales, es el *signum*, un sobrenombre personal, lo que identifica al individuo²³. Sólo en el caso de la epigrafía, y ni siquiera en todos los ejemplos, las convenciones formales de la época dictaban que debían ser citados todos los nombres de los personajes referidos. En las fuentes, lo más habitual es que los hombres y mujeres tengan solamente un nombre, por el que son universalmente conocidos, incluso los emperadores. Es decir, difícilmente podremos saber si Aecio se llamaba realmente Fl. Aetius o quizás Fl. Gaudentius Aetius, o de otro modo²⁴. Por lo tanto, para empezar, esto

estado: *PLRE* II, Cambridge 1980, 217, *Fl. Caecina Decius Maximus Basilius iunior* 12.

²¹ Salway, B., “What’s in a Name?”, *cit.*, 137-138.

²² Cameron, A., “Polyonymy in the Late Roman Aristocracy: The Case of Petronius Probus” *JRS* 75, 1985, 171.

²³ Cameron, A., “Polynomy in Late Roman Aristocracy”, *cit.*, 172.

²⁴ Teniendo en cuenta que Gaudentius era el nombre de su padre y el de uno de sus hijos, quizás Aecio también podría haber llevado ese nombre como *cognomen*. Merob., *Carm.*, IV, ed. Niebhur, B. G., *Fl. Merobaudis Carminum Panegyrique Reliquiae, Corpus Scriptorum Historiae Byzantinae*, Bonn 1836, 5, le llama simplemente Aetius. De modo similar, en

nos sitúa en un punto complicado, pues en muchos casos no tenemos la certeza de que, al estudiar el nombre de un personaje, conozcamos su nombre completo real, y no tan sólo su nombre “popular”, ya sea un *cognomen* o el *signum*. En todo caso, esto confirma la extensión de la costumbre de denominar a las personas, en el Bajo Imperio, sólo con un nombre, que por supuesto no es el *nomen*, dado que la mayoría de altos cargos y emperadores se llamaban Flavius.

En algunos casos se pueden observar ciertas reglas onomásticas, básicamente, que los padres suelen llamar a sus hijos según su propio nombre o el de su abuelo, a veces paterno y a veces materno, lo cual nos traslada al fenómeno gentilicio familiar:

- Aspar²⁵, el *magister militum* alano, es hijo de Ardabur²⁶, y llama a uno de sus hijos, probablemente el mayor, también Ardabur, que será también *magister militum*.
- Aecio es hijo de Gaudencio²⁷ y yerno de Carpilión, y llama a sus dos hijos Gaudencio y Carpilión, invirtiendo, no obstante, el orden habitual, pues el primogénito es Carpilión.
- Sidonio Apolinar²⁸ es hijo de un Apolinar, nieto de un Apolinar y uno de sus hijos se llama Apolinar. Dado que se trata de un miembro de la aristocracia y que sabemos que Sidonio tenía un nombre bastante más largo, presumiblemente sus parientes tendrían también estos nombres.
- En el caso de la dinastía teodosiana los ejemplos hablan por sí solos: Arcadio, hijo de Teodosio I, y nieto de Flavio Teodosio, llamó a su hijo Teodosio (II), mientras que su hermana Gala Placidia también llamó Teodosio al hijo que tuvo con Ataúlfo. Se conoce un pariente de la dinastía, en Hispania, llamado Teodosiolo. En el caso de las mujeres, Teodosio II se casó con Eudocia y la hija

las epístolas de Agustín de Hipona o de Sidonio Apolinar invariablemente se denomina al destinatario con un único nombre. En una estela oficial que representa al *magister militum* Félix, rival de Aecio y Bonifacio, simplemente se lee FL.FELICIS.VC.COM.AC.MAG.

²⁵ Candid., *Frag.* 1, ed. Blockley, 464; *PLRE* II, 164-169, *Fl. Ardabur Aspar*. Véase Apéndice, Fig. 4.

²⁶ Olymp., *Frag.* 43, 1, ed. Blockley, 206; *PLRE* II, 137-138, *Fl. Ardabur* 3.

²⁷ Greg. Turon., *Hist.*, II, 8, ed. Krusch, B., *MGH srm*, 1/1, Hannover 1951, 50-51. *PLRE* II, 21-29, *Fl. Aetius* 7. Véase Apéndice. Fig. 3.

²⁸ Sid. Apol., *Epist.*, V, 9, ed. Loyen, A., *Sidoine Apollinaire. Lettres. Tome I, Les Belles Lettres*, Budé, Paris 1970, 188. *PLRE* II, 115-118, *Gaius Sollius (Modestus?) Apollinaris Sidonius* 6.

de ambos, Eudoxia, se casó luego con Valentiniano III, el hijo de Gala Placidia, que de hecho se llamaba Flavio Plácido Valentiniano, y las dos hijas que tuvieron se llamaban Eudocia y Placidia. A su vez, Gala Placidia heredó su nombre de Gala, segunda esposa de Teodosio I²⁹.

- En otro caso imperial, Valentiniano I era hijo de Graciano y padre de Graciano y de Valentiniano (II).
- Aquilino³⁰, amigo de Sidonio Apolinar, era nieto de un Rusticio y padre de otro Rusticio. De nuevo, tratándose de aristócratas galos, podemos suponer que sus nombres serían más extensos.
- Flavio Orestes, el padre del emperador Rómulo, podría haber llamado así a su hijo en honor a su suegro Rómulo, pues el padre de Orestes se llamaba Tátulo³¹ y el único hermano que se le conoce se llamaba Pablo³².
- Tanto el padre como el abuelo de Flavio Magno Aurelio Casiodoro llevaban por nombre Casiodoro, siendo éste el único nombre que se les conoce³³.

Tan sólo hay que rastrear los varios *stemmata* de las familias senatoriales más importantes del siglo V para observar que este fenómeno gozaba de plena vigencia entre los aristócratas occidentales³⁴. Por supuesto, al lado de estos ejemplos están muchos otros que no siguen esta regla, si bien cabe la posibilidad, como hemos apuntado, que no se conozcan los nombres completos de muchos personajes, inconveniente que hay que tener siempre muy presente en cualquier estudio onomástico de la época. Estos breves ejemplos simplemente confirman el uso familiar y patronímico de los nombres en el siglo V d.C. En cualquier caso, independientemente de las modas y las costumbres de cada época, la onomástica

²⁹ Curiosamente, parece ser que la familia de Gala Placidia tenía cierto cuidado en elegir nombres que les relacionasen con los Valentinianos, a través de su hijo Flavio Plácido Valentiniano y de su hija Justa Grata Honoria: Justa y Grata eran las dos hermanas de Valentiniano II y Gala, por lo tanto, tías de Placidia. *PLRE II*, 1308 (*stemma* de la dinastía teodosiana), Apéndice, Fig. 1; también *PLRE I*, Cambridge 1971, 1130 (*stemma* de los Valentinianos).

³⁰ Sid. Apol. *Epist.*, V, 9, ed. Loyen, A., Budé, 188; *PLRE II*, 125, *Aquilinus* 3.

³¹ Prisc., *Frag.* 13, 1, ed. Blockley, 282. *PLRE II*, 811-812, *Orestes* 2. No obstante, el nombre de Rómulo Augusto pudo haber sido más largo. Ninguna fuente lo confirma.

³² *PLRE II*, 852, *Paulus* 23. Véase Apéndice, Fig. 2.

³³ Cassiod., *Variae*, I, 3-4, *MGH aa*, 12, Berlin 1894, 12-16. *PLRE II*, 265-269, *Fl. Magnus Aurelius Cassiodorus Senator* 4.

³⁴ *PLRE II*, 1324, *stemma* de los Decii. Véase Apéndice, Fig. 5.

bajoimperial muestra todavía una tendencia plenamente establecida como marcador de identidad familiar o ancestral. En general, los nombres de los personajes citados ni son indiferentes ni responden únicamente a preferencias estéticas, sino que a menudo, y esto queda bien claro entre las élites, constituyen un “carnet de identidad” de cada individuo. Si bien en el caso de la sucesión de nombres de las familias imperiales, además del habitual Flavius, esto requiere menor explicación³⁵; para el caso de personajes menos elevados también observamos trazas del fuerte componente identitario que indican algunos nombres. El ejemplo más claro es el que proporcionan las familias senatoriales occidentales³⁶. También se puede ver este componente en el hecho de que Aspar denomine a su hijo Ardabur, el cual seguirá sus pasos en la milicia, que había iniciado su abuelo Ardabur; más todavía si contamos con que Aspar tuvo otros dos hijos, Julio Patricio y Hermanerico, y no se conoce que ninguno de los dos siguiera una carrera militar tan destacada como la de su hermano³⁷. También, en este caso, Aecio, el hijo de Gaudencio, decidió llamar a su hijo primogénito Carpilión, en vez de Gaudencio. Carpilión era el nombre de su suegro, que fue *comes domesticorum* y *quaestor (sacri palatii?)* bajo el usurpador Juan³⁸. Teniendo en cuenta que Gaudencio, el padre de Aecio, era de orígenes provinciales y fue *domesticus* antes que *magister militum per Gallias*, posiblemente debería al patrocinio de su consuegro su ascenso y el de su hijo. De este modo, Aecio debió de honrar a su suegro llamando Carpilión a su primogénito, más aún teniendo en cuenta que probablemente este nombre

³⁵ Es obvia la utilidad de la repetición de nombres en el seno de estas familias con el fin de establecer una solidez dinástica que, al fin y al cabo, contribuye a crear una sensación de continuidad y estabilidad del propio poder imperial. La continuidad dinástica como símbolo de legitimidad en Jones, A. H. M., *The Later Roman Empire. 284-602*, I, Oxford 1971, 42.

³⁶ Apéndice, Fig. 5, para el caso de los Decii, por ejemplo.

³⁷ Candid., *Frag.* 1, ed. Blockley, 464.

³⁸ Greg. Turon., *Hist.*, II, 8, *MGH srm*, 1/1, 51: *Carpilionis gener, ex comite domesticorum et Iohannis cura palatii*. Parece ser (*PLRE* II, 262, *Carpilio* 2), que Carpilión era hijo de una mujer distinta a la madre de Gaudencio, su hermano. Es ésta una cuestión polémica, pero por lo que respecta al presente trabajo, daremos por válida la teoría propuesta por Martindale en el pasaje citado. Por supuesto, la posibilidad de que Aecio llamara Carpilión al hijo de su segunda esposa resulta absurda, pues no tendría ningún parentesco con su suegro Carpilión; lo fundamental en esta cuestión es que no llamara Gaudencio a su primogénito, cuando la costumbre era reservar para el primer hijo el nombre del abuelo (en este caso, Gaudencio, padre de Aecio).

indicaba mayor nobleza que el de Gaudencio, ya que Carpilión parece mejor situado entre las altas esferas itálicas que su modesto consuegro, un militar de las provincias orientales³⁹.

En definitiva, la onomástica, entre la élite romana, no era en ningún caso casual sino que obedecía a estrictas normas convencionales (no tan estrictas como las de nuestros apellidos modernos) según las cuales un personaje se identificaba por su nombre. De ahí que no deba extrañarnos que todo un Flavio Merobaudes o un Flavio Areobindo no tuvieran ningún problema, a pesar de sus nombres claramente no romanos, en llevarlos con orgullo como muestra del prestigio de sus familias⁴⁰.

El uso de criterios onomásticos como señal de identidad cultural

En el caso de la identidad cultural, que no social o familiar, de los individuos, ¿podemos extraer información significativa de la onomástica? En primer lugar, hay que matizar que esta cuestión es ambivalente: la identidad cultural *es*, en último término, una identidad social, y no se puede separar un concepto de otro. Por lo tanto, siempre hemos de tener presente que un personaje ostenta un nombre que lo relaciona con una cultura determinada, pero que al mismo tiempo este mismo nombre lo sitúa dentro de un ámbito social, jerárquico, también concreto⁴¹. Dicho esto, lo primero que sorprende, a nivel onomástico en el Bajo Imperio es, naturalmente, la proliferación de nombres bárbaros, ya sean germánicos, mayoritariamente, o de otros grupos lingüísticos. Sucede así el caso contrario al de la tendencia romanizadora altoimperial: entonces la nomenclatura tendía a ser latinizante y, dejando de lado la progresiva introducción de nombres griegos en el contexto latino, y viceversa⁴², un gran número de senadores y aristócratas de origen provincial tenían

³⁹ Compárese *PLRE* II, 262, *Carpilio* 1, con *PLRE* II, 493-494, *Gaudentius* 5. Carpilión debía de ser ya *uir inlustris* antes de que lo fuera Gaudencio, como *magister militum per Gallias*, un rango de todos modos inferior al de *comes domesticorum* que ostentaba Carpilión.

⁴⁰ *PLRE* II, 143-144, *Fl. Areobindus Dagalaiphus Areobindus* 1, (cos. 506). Su padre Dagalaifo y su abuelo Areobindo habían sido cónsules, Salway, B., "What's in a Name?", *cit.*, 141.

⁴¹ En los casos anteriores de Fl. Merobaudes y Fl. Areobindo, ambos militares, eso queda claro. No podemos entender el uso de sus nombres como una cuestión meramente de identidad cultural o de identidad social, sino como un conjunto.

⁴² Kajanto, I., *The Latin Cognomina*, 11.

nombres plenamente romanos o muy romanizados⁴³. Es más, en muchas ocasiones, se hace evidente la costumbre por parte de las élites indígenas galas, hispanas, africanas, tracias, etc., de latinizar o traducir sus nombres tradicionales de modo que, en apariencia, parezcan realmente latinos y sean casi indistinguibles de los de sus homólogos itálicos⁴⁴; lo cual marca evidentes distancias con el fenómeno de la proliferación de nombres germánicos poco o nada latinizados en el Bajo Imperio. Quizás esto sea debido a las peculiaridades de la romanización: la absorción rápida y constante de elementos no romanos o no romanizados entre las clases altas de la sociedad bajoimperial llevó a una insuficiente asimilación de estas personas dentro del peculiar *ethos* grecorromano propio de la élite y a una fuerte conservación del elemento identitario bárbaro, reflejado en el nombre que muchos de ellos ni latinizaban ni cambiaban al obtener cargos y ciudadanía⁴⁵. Tengamos en cuenta también que la gran mayoría, por no decir la práctica totalidad, de personajes con nombres germánicos hasta el siglo VI pertenecían al ejército. Esto supone una cuestión importante, pues, como hemos ya apuntado, a menudo cabe entender la barbarización, también del ejército, como un fenómeno cultural antes que realmente étnico⁴⁶. Entre la alta oficialidad militar del siglo V, lo cierto es que no predominaba el elemento bárbaro por encima del romano, ni siquiera a nivel onomástico⁴⁷; por lo

⁴³ Lambrechts, P., *La composition du Sénat romain de Septime Sévère a Dioclétien: 193-284*, *Studia Historica*, 53, Roma 1968, 79-80 [1ª ed. Budapest 1937].

⁴⁴ Kajanto, I., *The Latin Cognomina*, 16-19. El ejemplo del *cognomen* Seneca, que podría pasar por ser un derivado del latín *senex*, en el caso galo es un derivado del vocablo celta *sanaca*. Igualmente, Bellator no es sino la latinización del nombre celta Bellatorix; o el *cognomen* Dolens, típico de Tracia, de hecho deriva del nombre tracio Doles, y no del verbo latín *doleo*.

⁴⁵ Por ejemplo, en el caso de Areobindo Dagalaifo (*Cf.* n. 40), este personaje mantuvo su onomástica no romana a pesar de contar dos generaciones de ancestros suyos en el consulado. No obstante, ejemplos de latinización del nombre de personajes supuestamente de origen bárbaro, en el siglo IV, en Harmoy Durofil, H., “L’onomastique, un élément distinctif d’identification des chefs et officiers d’origine germanique de la *militia armata* de Constantin a Anastase (III^e – debut du VI^e siècle)”, *RET* 3, 2013-14, 249-250.

⁴⁶ Lee, A. D., *War in Late Antiquity, cit.*, 83-85, 151 (a propósito del término “godo” como sinónimo de “soldado” en Siria).

⁴⁷ De un total de 69 personajes que entre el 395-476 d. C. ejercieron algún cargo de *magister militum* en Occidente, tan sólo 21 tienen un nombre claramente bárbaro. En el caso de *duces* y *comites*, la proporción es de 39 a 15, contando los oficiales de los reyes visigodos que actuaron en Hispania. En el caso de los *comites domesticorum*, de 12 testimonios,

tanto, la incidencia bárbara en el ejército debe tenerse por relativa. No obstante, es cierto que no hay trazas de esta barbarización en la *militia* civil, más allá de formalismos estéticos en el uniforme militarizante que lucían los funcionarios imperiales⁴⁸. Así pues, habría que ser muy cuidadosos con las generalizaciones en el ámbito militar, pues, como apuntan recientes investigaciones, esto supondría que el elemento barbarizante (sea estético, sea cultural / onomástico) contaría con un componente identitario en el cual la analogía *miles / barbarus* cobraría importancia y el ejército se convertiría en uno de los pocos ambientes sociales romanos en el que lo bárbaro, sea de la dimensión que sea, gozaría de aceptación⁴⁹. En ningún caso hay que interpretar esto como una afirmación de que todo aquello considerado bárbaro en el ejército romano fuera simplemente un barniz estético que ocultaría un cuerpo social formado exclusivamente por romanos, ni que todo lo bárbaro lo fuera realmente, étnicamente, si queremos usar el concepto clásico⁵⁰, sino que la realidad se encuentra en un punto intermedio. Preferimos más bien exponer la idea de que el elemento bárbaro, por causas varias y debido a la evolución de la milicia desde

sólo 2 tienen un nombre de origen germánico; con posterioridad al 476 la proporción de nombres romanos decae pero no desaparece (*PLRE* II, 1288-1307).

⁴⁸ Olymp., *Frag.* 10, 1, ed. Blockley, 164. El cinturón militar, por ejemplo.

⁴⁹ Stewart, M. E., *The Soldier's Life: Martial Virtues and Hegemonic Masculinity in Early Byzantine Empire*, Queensland 2012, 22-23; Amory, P., *People and Identity*, cit., 108, para el caso de Italia en el siglo VI. Las fuentes raramente reflejan explícitamente esta mezcla cultural en el ámbito militar, definiendo claramente lo que es romano y lo que es bárbaro según unos estereotipos variables. Sólo un breve pasaje de Olymp., *Frag.* 7, 4, ed. Blockley, 158, muestra en cierto modo este ambiente de heterogeneidad: 'Ὅτι τὸ Βουκελλάριος ὄνομα ἐν ταῖς ἡμέραις Ὀνωρίου ἐφέρετο κἀτα στρατιωτῶν οὐ μόνον Ῥωμαίων ἀλλὰ καὶ Γότθων τινῶν· ὡς δ' αὐτῶσ καὶ τὸ φοιδεράτων κατὰ διαφόρου καὶ συμμιγοῦς ἐφέρετο πλήθους.

⁵⁰ Un Oros., *Hist.*, VII, 38, 1, ed. Arnaud-Lindet, H.-P., *Orose. Histoires contre les païens*, Les Belles Lettres, Budé, Paris 1991, 3, 112, no duda en calificar como bárbaro a Estilicón (*Interea comes Stilico, Vandalorum inbellis auararum perfidarum et dolosarum gentis genere editus*) mientras que alaba las gestas de un *romanus* como Constancio (Oros., *Hist.*, VII, 42, 1-2, ed. Arnaud-Lindet, H.-P., Budé, 3, 123: *Constantio comiti huius belli summa commissa est. Sensit tunc demum respublica et quam utilitatem in Romano tandem duce receperit, et quam eatenus perniciem per longa tempora barbaris comitibus subiecta tolerarit*); siendo ambos militares e incluso Estilicón de mayor categoría social. El hecho muestra claramente que Orosio es perfectamente consciente del "barbarismo" de un militar frente a la "romanidad" de otro, aunque atribuyamos esto a intereses propagandísticos.

el siglo III, gozaba de aceptación en el ejército, no sólo a nivel humano (soldados étnica o culturalmente bárbaros) sino también a nivel estético, ideológico, etcétera. De este modo, se entiende mejor que un Estilicón o un Merobaudes lleven con orgullo su nombre bárbaro, pudiéndolo haber cambiado o sustituido perfectamente (ambos descenderían de romanos)⁵¹. Simplemente, la afirmación de su ascendencia bárbara, tenga el motivo que tenga, ni encaja mal ni parece provocar un gran rechazo en el ambiente romano⁵². Retengamos esta idea, y sin abandonar a Estilicón, fijémonos en otro militar bárbaro, también citado, el alano Aspar. A Estilicón solamente se le conoce un hijo varón, Euquerio⁵³, mientras que a Aspar se le conocen tres: Ardabur, Julio Patricio y Hermanerico. Estilicón no nombra a su hijo con su nombre, o el de su padre, que probablemente tuviera un nombre bárbaro, sino que le llama Euquerio⁵⁴. Si el propio vándalo no tiene demasiados problemas para conservar su nombre (la reacción antibárbara que suscitará es posterior, no anterior, al nacimiento de su hijo)⁵⁵, ¿por qué no sigue la costumbre familiar? En primer

⁵¹ Merobaudes era natural de la Bética, *natu nobilis* (Hyd., *Chron.*, 120, a. 443, ed. Burgess, R. W., *The Chronicle of Hydatius and the Consularia Constantinopolitana. Two Contemporary Accounts of the Final Years of the Roman Empire*, Oxford 1993, 96) y yerno del *magister militum* Fl. Asterio (PLRE II, Fl. Merobaudes, 756-758). El caso de Estilicón es más controvertido, pues Blockley, R. C., “Roman-Barbarian Mariages in the Late Empire” *Florilegium* 4, 1982, 68, apunta la posibilidad de que el apelativo de *semibarbarus* no se refiera a su madre sino a su matrimonio con una romana (Serena).

⁵² La hostilidad contra el *barbarus* Estilicón de Oros., *Hist.*, VII, 38, ed. Arnaud-Lindet, H.-P., Budé, 3, 112, contrasta con la alabanza de una identidad plenamente romanizada de bárbaros más “puros” que Estilicón, como son Ricimero (Sid. Apol., *Carm.*, II, 353, ed. Loyer, A., *Sidoine Apollinaire. Poèmes. Tome I*, Les Belles Lettres, Budé, Paris 1960, 17-18) o Teodorico II (Sid. Apol., *Epist.*, I, 2, de. Loyer, A., Budé, 4-8), que hace Sidonio Apolinar. Por otro lado, Sines., *de Regno*, 19-20, ed. Terzaghi, N., *Synesii Cyrenensis opuscula*, v. 1, Roma 1944, 5-62, se lamenta de que los soldados del Imperio son de la misma nación que sus esclavos (nótese la fuerte identificación del elemento bárbaro con el ejército imperial). El rechazo o la aceptación del bárbaro son cuestiones cambiantes y circunstanciales y no obedecen a una ideología, digamos, racista, bien definida y sistemática, por parte de todos los romanos.

⁵³ Oros., *Hist.*, VII 38, ed. Arnaud-Lindet, H.-P., Budé, 3, 112.

⁵⁴ PLRE II, 404, *Eucherius* 1. Si este nombre tiene relación con la familia materna de Estilicón, no puede saberse, ya que no se conoce el nombre de su madre, Blockley, R. C., “Roman-Barbarian Marriages”, *cit.*, 68.

⁵⁵ Rémondon, R., *La crisis del imperio romano. De Marco Aurelio a Anastasio*, Barcelona 1979 [trad. del original francés (1967) de C. Alcalde i M.^a R. Prats], 127. El autor

lugar, no parece que Euquerio hubiera renunciado realmente a su herencia germánica, pues los guardias “bárbaros” de su padre le defendían a él⁵⁶ y, a su muerte, se pusieron al servicio, no de Honorio, sino de otro bárbaro, Alarico, con el que presumiblemente se identificarían más. En segundo lugar, Euquerio no parece haber seguido la carrera militar de su padre y, por lo tanto, el concepto de herencia del cargo y la profesión que veíamos en Ardabur no se produce. Pero lo más importante es que Estilicón tenía ciertos planes para su hijo: emparentarlo con la familia imperial, fuera o no cierto que pretendiera para él el trono. Paralelamente, Estilicón había casado a sus dos hijas, María y (a la muerte de ésta) Termancia con Honorio, ambas con nombre romano⁵⁷. Con relación a estos hechos, conocemos la carrera de Ardabur, el hijo de Aspar, como militar, pero, ¿y su hermano Julio Patricio? Aspar consiguió que León I le nombrara César⁵⁸, con una clara intención de emparentar a su familia con el poder imperial; en efecto, Patricio se casó con Leoncia, la hija del emperador⁵⁹. Acerca del tercer hermano, Hermanerico, que posee un nombre claramente germánico (ni cercano a la tradición alana de su padre ni a la romana de su hermano), sólo sabemos que fue cónsul en el 465 y que se casó con la hija de un hijo bastardo de Zenón, y hacia el 484 ejercía un cargo militar menor⁶⁰.

El paradigma de este concepto, por supuesto, es Teodosio, el hijo del matrimonio de Gala Placidia y el godo Ataúlfo, muerto prematuramente⁶¹. En este caso, la cuestión queda bastante clara, pues Placidia es miembro de la familia imperial,

refuerza la supuesta persecución antibárbara del 408 con un decreto imperial de Honorio y Teodosio II (*Cod. Theod.*, XVI, 5, 42, ed. Krueger, P.; Mommsen, T., *Theodosiani Libri XVI cum constitutionibus Sirmondinis*, v. I, Hildesheim 1990, 869: *Eos, qui catholicae sectae sunt inimici, intra palatium militare prohibemus, ut nullus nobis sit aliqua ratione coniunctus, qui a nobis fide et religione discordat.* [408, 14 Nov.]) que prohíbe a los no católicos ejercer cargos palatinos. ¿Relación entre etnia y confesionalidad?

⁵⁶ Olymp., *Frag.* 7, 6, ed. Blockley, 160: ‘Ότι, Στελίχωνος ανηρημένου, οι συνόντες βάρβαροι τὸν εκείνου παῖδα λαβόντες τὴν ταχίστην ὄχοντο.

⁵⁷ Olymp., *Frag.* 3, ed. Blockley, 154.

⁵⁸ Prisc., *Frag.* 61, ed. Blockley, 370. En el caso de Aspar, no obstante, sabemos que era arriano, y no se puede descartar la idea de un cambio de nombre motivado, también, por una posible conversión religiosa de su hijo, tema que en adelante trataremos.

⁵⁹ Marcel. Com., *Chron.*, s.a. 471, ed. Mommsen, T., *MGH aa*, 11/2, Berlin 1894, 90, aquí denominado Patriciolus. Aunque, con la caída en desgracia de su padre y su ejecución, fue probablemente obligado a divorciarse de ella (*PLRE* II, 842, *Iulius Patricius* 15).

⁶⁰ *PLRE* II, 549, *Herminericus*.

⁶¹ Olymp., *Frag.* 26, 1, ed. Blockley, 188.

Honorio no tiene hijos varones y los hijos de su hermana son los candidatos más claros a la sucesión⁶². ¿Qué mejor manera de presentar al posible futuro heredero del imperio de Occidente que llamarlo Teodosio, como su abuelo, su bisabuelo y su primo? Si bien el pequeño Teodosio debió de nacer con este nombre, es más probable que el hijo de Aspar (no tanto el de Estilicón) hubiera adoptado su nombre después de su nacimiento, a fin de limpiar el “barbarismo” de su ascendencia en vistas a un enlace con la casa imperial. Así pues, mientras que en el ámbito militar la onomástica germánica no ofrecía demasiados problemas, la cosa cambiaba en el seno de la familia imperial. Se trataba de una cuestión meramente ideológico-cultural, no de “pureza” étnica, porque el propio Teodosio II tenía ascendencia bárbara y pagana⁶³.

Para la cuestión del cambio de nombre como práctica para adquirir, aunque sea simbólicamente, una nueva identidad cultural, encontramos pocos ejemplos explícitos en las fuentes. Un caso marginal, sería el de C. Valerio Diocles, que latinizó su nombre a Diocleciano cuando accedió al poder, seguramente porque además de ser un nombre de origen griego, a ningún aristócrata romano le hubiera pasado por alto que su nombre evocaba orígenes esclavos o peregrinos⁶⁴. Otro caso más conocido nos traslada a una problemática, de hecho, distinta: el caso de, precisamente, la esposa de Teodosio II, Elia Eudocia. Según las fuentes⁶⁵, la emperatriz Eudocia nació en Atenas con el nombre de Atenais, hija del sofista Leoncio. El

⁶² Como así fue, pero no con este Teodosio, que por otro lado jamás parece criticarse su ascendencia goda ni declararse nulo el matrimonio de Placidia y Ataúlfo, plenamente romano (Olymp., *Frag.* 24, ed. Blockley, 186-188). Véase Blockley, R. C., “Roman-Barbarian Marriages”, *cit.*, 72. Finalmente fue el hijo de Placidia y Constancio, Plácido Valentiniano, quien ascendió al trono de su tío (Olymp., *Frag.* 43, 1, ed. Blockley, 206).

⁶³ Su madre Elia Eudoxia era hija del franco Bautón y hermana de Arbogastes, paganos (ambos militares, por cierto). Al respecto, véase *PLRE* II, 410, *Aelia Eudoxia* 1.

⁶⁴ Salway, B., “What’s in a Name?”, *cit.*, 138. La construcción de sus *tria nomina* originales recuerda a la práctica onomástica entre los esclavos y los libertos, ya que podría indicar que él o un antepasado suyo fuera Diocles, liberto de C. Valerio. Otro caso, relacionado con el anterior, es el nombre del usurpador Flavio Magno Magnencio, oficial de origen, en parte, bárbaro, que, en opinión de Harmoy Durofil, H., “L’onomastique, un élément distinctif d’identification”, *cit.*, 246, adaptó su nombre para vincularse a la tradición onomástica imperial y para limpiar su ascendencia bárbara.

⁶⁵ Socr. Escolás., *Hist. eccles.*, VII, 21, ed. Migne, J. P., *PG*, 67, c. 784. Véase también Gregorovius, F., *Atenais*, Barcelona 2009 [trad. del alemán *Athenais. Eine Byzantinische Kaiserin* (1882) por J. A. Molina], 39.

propio Sócrates Escolástico confirma la evidencia, deducible por su nombre y origen, de que la joven Atenais era pagana, y decidió cambiarse el nombre a Elia Eudocia, derivado del nombre de su suegra, más cristiano, cuando se bautizó con motivo del matrimonio con Teodosio II⁶⁶. Es posible que, en este sentido, exista otro ejemplo, no corroborado explícitamente por las fuentes: el caso de Pelagia, la esposa de Aecio. El periplo de Pelagia es complejo. Probablemente no se trata de la hija de Carpilión, siendo la segunda mujer de Aecio y no la primera; en todo caso, era la madre de Gaudencio. Sidonio Apolinar la critica en uno de sus pánegíricos y le atribuye ascendencia no sólo bárbara, sino noble⁶⁷, probablemente goda. Por supuesto, Pelagia no es un nombre germano, pero lo que nos inclina a pensar que Pelagia cambió su nombre, y que lo hizo por motivos religiosos, como Atenais, es su biografía anterior, ya que antes de ser la esposa de Aecio, Pelagia era la viuda del gran rival de su esposo, el *comes Africae* Bonifacio (casado en segundas nupcias). En una memorable epístola de Agustín de Hipona a Bonifacio, el obispo le reprocha que se haya abandonado a los placeres mundanos volviéndose a casar con una mujer (Pelagia) durante su estancia en Italia, habiendo previamente tomado voto de celibato al morir su primera esposa. No obstante, Agustín

⁶⁶ Socr. Escolast., *Hist. eccles.*, VII, 21, PG, 67 c. 784: Χριστιανὴν ὁ ἐπίσκοπος Ἀττικὸς ποιήσας, ἐν τῷ βαπτίζειν, ἀντὶ Ἀθηναΐδος Εὐδοκίαν ὠνόμασεν; PLRE II, *Aelia Eudocia (Athenais)* 2, 408-409. Iohan. Crisost., *De inani gloria et de educandis liberis*, 646-651, ed. Malinrey, SC, 188, Paris 1972, 144-146, exhortaba a sus fieles a elegir nombres cristianos para sus hijos: εὐθέως αὐτοῖς ἀπὸ τῆς προσηγορίας παρέχωμεν ἀπειτῆς ζῆλον. Μηδεὶς τοίνυν εἰς τὰ τῶν προγόνων σπενδῆτω καλεῖν ὀνόματα τα παιδία, τοῦ πατρὸς καὶ τῆς μητρὸς καὶ τοῦ πάππου καὶ τοῦ ἐπιπάππου, ἀλλ' εἰς τὰ τῶν δικαίων, τῶν μαρτύρων, τῶν ἐπισκόπων, τῶν ἀποστόλων. La práctica era bastante extendida. En el caso egipcio, Bagnall, R., "Religious conversion", *cit.*, 116. También Horsley, G. H. R., "Name Change as an Indication of Religious Conversion in Antiquity", *Numen* 34/1, 1987, 1, en otro ejemplo del siglo IV. En muchos casos, empero, no se daba (Sidonio Apolinar, Paulino de Nola) y raramente el nombre cambiaba completamente sin dejar rastro del anterior, Salway, B., "What's in a Name?", 139-140. Un ejemplo epigráfico de cambio de nombre del siglo VI, en la Hispania visigoda, en Vives, J., *Inscripciones cristianas de la España romana y visigoda*, Barcelona 1942, 31. Otro ejemplo, el ya citado Serapión (Cf. n. 4), que cambió su nombre original, Agenarico, debido a su padre Mederico, instruido en ciertos misterios griegos en la Galia.

⁶⁷ Sid. Apol., *Carm.*, V, 203-204, ed. Loyen, A., Budé, 36: *gnato quae regna parabo / exclusa sceptris Geticis*. Ver también Merob., *Carm.*, IV, 17, ed. Niebhur, B. G., 6: *coniux non leuibus canenda Musis, / heroum suboles, propago regum*.

felicita la piedad de Bonifacio, pues tiene conocimiento de que no ha consentido en casarse con ella hasta que no ha abjurado de su fe arriana y se ha convertido al catolicismo⁶⁸. Nuestra propuesta es, así pues, que Pelagia se cambió el nombre, probablemente godo, al bautizarse como católica, y que esto provoca que debamos considerar, o que podamos considerar, toda una dimensión de identidad religiosa en la onomástica bajoimperial. Más allá de este hecho concreto, si Pelagia renunció a su identidad arriana / goda (quizás vándala?) cambiándose de nombre, y adoptando una nueva identidad católica / romana, ¿podríamos suponer también, en algunos casos, el camino inverso⁶⁹?

En relación con la definición de identidades de tipo étnico, la onomástica ha sido a menudo usada en un sentido demasiado literal. Como ya hemos apuntado al principio, igual que la definición de pueblos, el nombre de los individuos debe verse desde el prisma de la ideología, principalmente, y sólo con mucha prudencia, y caso por caso, podremos extraer de ello informaciones étnicas. Antes de entrar en la problemática *romanitas* / *barbaria*, el ejemplo de los hunos es un claro indicador de la naturaleza caótica de la onomástica como señal de identidad étnica.

⁶⁸ Aug. *Epist.* 220, 4, ed. Goldbacher, A., *CSEL*, 57, Leipzig 1911, 433: *nauigasti, uxoremque duxisti [...] audiui te illam ducere noluisse, nisi prius catholica fuisset facta*. Cosa que no impidió que la hija de Pelagia y Bonifacio, de nombre desconocido y seguramente esposa del *magister militum* Sebastián, se bautizara como arriana, Aug., *Epist.* 220, 4, *CSEL*, 57, 434: *et tamen haeresis eorum, qui uerum filium dei negant, tantum praeualuit in domo tua, ut ab ipsis filia tua baptizaretur*. Curiosamente, Greg. Turon., *Hist.*, II, 7, *MGH srm*, 1/1, 49, presenta a Pelagia como una devota católica en la época en que estaba ya casada con Acio.

⁶⁹ La idea de la analogía identitaria godo-vándalo / arriano no es nueva (Markus, R. A., *Christianity in the Roman World*, London 1974, 148-149), y quizás esta cuestión contribuiría a esclarecer el gran número de obispos arrianos con nombres claramente germánicos: los clérigos arrianos / vándalos Anduito (Victor Vit., *Hist. Pers. Afr. prou.*, I, 41, ed. Lancel, S., *Victor de Vita. Histoire de la persecution vandale en Afrique. Suive de la Passion des Sept Martyrs. Registre des provinces et des cités d'Afrique*, Les Belles Lettres, Budé, Paris 2002, 115) Marivado (Victor Vit., *Hist. Pers. Afr. prou.*, I, 48, ed. Lancel, S., Budé, 119), Cirila (Victor Vit., *Hist. Pers. Afr. prou.*, II, 53, ed. Lancel, S., Budé, 146) y Teucario (Victor Vit., *Hist. Pers. Afr. prou.*, III, 39, ed. Lancel, S., Budé, 195). En el caso de Teucario, Victor de Vita afirma que fue en otro tiempo *lector* católico y se convirtió al arrianismo; no obstante, en ningún caso afirma que se hubiera cambiado el nombre. Véase Amory, P., *People and Identity*, cit., 89, para el caso de la Italia ostrogoda.

O. Maenchen-Helfen determinó, por lo que respecta a la onomástica de los hunos, numerosos orígenes⁷⁰: de 78 nombres de personajes distintos que aparecen en las fuentes como “hunos”, 7 eran de origen germánico; 9, iraníes; 15, túrquicos; 35, de origen indeterminado, y 12 eran híbridos que combinaban más de un grupo lingüístico. El hecho de que entre los nombres, supuestamente, de origen germánico contemos a Atila, su hermano Bleda y su tío Rugila / Rua, es decir, reyes de los hunos y no miembros de pueblos sometidos, resulta suficientemente significativo. Si Atila es más discutido, en el caso de Bleda el nombre es inequívocamente germánico⁷¹. En cambio, los tres hijos de Atila tienen nombres posiblemente túrquicos, o en todo caso no germánicos: Ellac, Ernach y Dengizich⁷². ¿Debemos suponer que las fuentes se equivocan y escriben incorrectamente nombres iraníes o túrquicos? ¿O bien que los reyes hunos adoptaban nombres germánicos para congraciarse e identificarse con sus súbditos, muchos de ellos godos, longobardos, hérulos, escirios, etcétera? ¿O que estos nombres no son sino los nombres con que los germanos conocían a los reyes hunos y que llegaron a oídos romanos precisamente a través de estos germanos? ¿O quizás las tres cosas a la vez?

Un caso más concreto es el que ofrece otro gran personaje de Occidente: Odoacro⁷³. Según las fuentes, Odoacro (nombre probablemente germánico) es hermano de Onulfo (nombre plenamente germánico) e hijo de Edica⁷⁴ (nombre

⁷⁰ Maenchen-Helfen, O., *The World of the Huns*, cit., 386-424. Su estudio es matizable en muchos aspectos, y en cuestiones de etimología hay que ser muy prudentes. Solamente el hecho de que el autor haya determinado tres orígenes lingüísticos diferentes es un buen indicativo de la complejidad del problema.

⁷¹ Un obispo arriano (¿vándalo?), en África, tiene el mismo nombre (Prisc., *Frag.* 31, 1, ed. Blockley, 332). Argumentos sobre la etimología germana o hunna del nombre de Atila, en Reynolds R. L.; López, R. S., “Odoacer: German or Hun?”, *AHR* 52/1, 1946, p. 52.

⁷² Prisc., *Frag.* 25, ed. Blockley, 320. Es interesante recordar que estos personajes fueron derrotados en el Nedao y reorganizaron su dominio, de nuevo, en la zona oriental del Mar Negro.

⁷³ Macbain, B., “Odoacar the Hun”, cit., 323-327; también Reynolds, R. L.; López, R. S., “Odoacer: German or Hun?”, cit., 36-53, estos últimos, con argumentos ya superados, apuestan por la ascendencia hunna de Odoacro.

⁷⁴ Anon. *Vales. Pars post.*, 10, 45, ed. Mommsen, T., *MGH aa*, 9/1, Berlin 1892, 314: *cuius* (Odoacaris) *pater Edico dictus*. Según la versión de Prisc., *Frag.* 11, 1, ed. Blockley, 242, si se confirmase el parentesco de estos dos individuos, el padre se llamaría Edecón (Ἐδεκῶν), nombre de orígenes quizás más inciertos (Maenchen-Helfen, O., *The World of the Huns*, cit., 388, lo considera plenamente germánico).

también germánico). Según el cronista Malco, Onulfo era de padre turingio y madre escira⁷⁵, y se identifica a Odoacro como escirio, rugio e, incluso, godo⁷⁶. La disparidad de orígenes de Odoacro se explicaría gracias al hecho de que, al hacerse con el poder, gobernaría sobre un conjunto variado de pueblos, lo cual traería a confusión a los cronistas⁷⁷. A pesar de ello, Edica nunca se define como turingio, rugio o godo⁷⁸. En un caso parecido, Ardarico, un godo, es denominado rey de los gépidos en la lucha contra los hijos de Atila⁷⁹, mientras que en otro pasaje el rey de los gépidos es el propio Atila. Estas situaciones ofrecen un caso extremo de identidades cambiantes. Edica puede ser culturalmente huno y tener un nombre germano; al deshacerse el poder de Atila, pudo adoptar una nueva identidad cultural, ya ficticia, ya por parentesco. Que Onulfo y Odoacro sean esciros lo sugiere el origen de su madre, un dato que podría ser falso. En otras circunstancias pasarían por hérulos o turingios. Hasta cierto punto, resulta absurdo rastrear la etnia *real* de Edica, Odoacro y Onulfo, e incluso la de Atila y Bleda. Lo que importa es su identidad cultural adquirida: que los suyos y los extranjeros les reconozcan como válidos y legítimos líderes de pueblos como los hunos, los esciros, etcétera. ¿Qué impedía a Ardarico reconocer a Atila como rey de los “gépidos” en un contexto de dominación huno, y luego erigirse él mismo como líder legítimo de su pueblo contra las pretensiones de los hijos de Atila, que eran de la misma sangre que el anterior “rey de los gépidos”? En el caso de los hunos no debemos olvidar que las fuentes (romanas) que hablan de ellos sufren una grave carencia de información y, lo que es peor, de comprensión de las realidades culturales bárbaras, más allá de unos corrientes estereotipos, que provocan que Prisco, por ejemplo, denomine indistintamente “escitas” a los hunos o a los godos, simplemente por una cuestión

⁷⁵ Malch., *Frag.* 13, ed. Blockley, 418: ‘Ο δὲ Ονούλφος ἔφην ἐξ ἐθνῶν κατὰ πατέρα μὲν Θεουρίγγων, τῶν δὲ Σκίρων κατὰ τὴν μητέρα.

⁷⁶ Esciro (*Anon. Vales. Pars post.*, 8, 37, *MGH aa*, 9/1, 308: *Odouacre cum gente Scirorum occidit Orestem patricium*); rugio (*Iord., Get.*, XLVI, 242, ed. Mommsen, T., *MGH aa*, 5/1, Berlin 1882, 120: *Odoacer Torcilingorum* [una tribu rugia] *rex*); godo (*Marcel. Com., Chron.*, s.a. 476, *MGH aa*, 11/2, 91: *Odoacar rex Gothorum Romam optinuit*).

⁷⁷ Macbain, B., “Odoacar the Hun”, *cit.*, 325, n. 13.

⁷⁸ Es esciro (*Iord., Get.*, LIV, 277, *MGH aa*, 5/1, 130) o huno (*Prisc., Frag.* 11, 2, ed. Blockley, 248: Εδέκωνα δὲ τὰ κατὰ πόλεμον ἀριστον καὶ τοῦ Οὔννου γένους).

⁷⁹ *Prisc., Frag.* 25, ed. Blockley, 320. *Gepidae* es un término para designar a una tribu de difícil caracterización en tiempos de Atila, cosa frecuente en los autores antiguos. En todo caso, es un pueblo germánico sometido a los hunos.

de nomenclatura arcaizante aplicada a los pueblos que habitaban la zona del Mar Negro o el norte del Danubio⁸⁰.

Hemos visto ejemplos de bárbaros que se romanizan el nombre para encajar en distintos ámbitos sociales y culturales. El caso inverso es bastante más difícil de rastrear y, en general, data de épocas y lugares donde, por supuesto, el poder romano decae⁸¹. Este hecho no es banal, ya que resulta lógico pensar que en aquellos lugares en que las nuevas realidades políticas se abren camino, también lo hacen las nuevas identidades culturales. Las noticias de decadencia cultural romana son frecuentes, en general, a partir de la segunda mitad del siglo V d. C., y en aquellos lugares en que el poder político romano se desintegra, la sensación de abandono de la lengua clásica y las formas tradicionales está presente en las fuentes⁸². Antes

⁸⁰ Estereotipos bárbaros en Heather, P., *La caída del Imperio Romano*, Barcelona 2006 [trad. del original inglés (2005) por T. Fernández Aúz y B. Eguibar], 98-100; Heather, P., *The Goths*, cit., 45, remarca la obsesión por la reproducción de estereotipos étnico-sociales de los bárbaros según formas tradicionales historiográficas (por ejemplo, el hecho de aplicar los nombres de la *Germania* de Tácito al mayor número de pueblos posibles conocidos). También, en el uso de estereotipos, Halsall, G., *Barbarian Migrations*, cit., 45-57. En las fuentes, Sid. Apol., *Carm.*, VII, 230-240, ed. Loyen, A., Budé, 63: algunas de las tribus que nombra ni siquiera existían ya en época de Sidonio. Como anécdota, el desconocimiento real que existe en materia lingüística proto-germánica apenas nos permite diferenciar entre la onomástica de los distintos “pueblos” germánicos, si es que existía, siendo indistinguibles los nombres godos (visigodos y ostrogodos) de los vándalos o los francos de los burgundios, los suevos y los alamanes, más allá de la delimitación de variantes filológicas significativamente amplias entre estos grupos.

⁸¹ Es significativo que la enorme mayoría, si no la totalidad, de ejemplos de onomástica germánica femenina en Hispania procedan de la zona noroeste peninsular, la cual quedó más afectada que otros lugares por el asentamiento de *foederati* suevos y godos, Gallego Franco, H., “Algunas reflexiones”, cit., 221-231. Resulta curioso que estas muestras daten siempre del siglo VI en adelante, cuando los asentamientos, por lo menos de suevos, hacía casi cien años que se habían producido. La misma autora remarca el componente no tanto étnico, sino de asimilación cultural de población local, de esta onomástica femenina germana, aunque no niega completamente que algunas de estas mujeres puedan ser identificadas como étnicamente germanas (Gallego Franco, H., “Algunas reflexiones”, cit., p. 220).

⁸² Sid. Apol., *Epist.*, VIII, 2, 1, ed. Loyen, A., *Sidoine Apollinaire. Lettres. Tome III, Les Belles Lettres*, Budé, Paris 1970, 84: *teque per Gallias uno magistro sub hac tempestate bellorum Latina tenuerunt ora portum, cum pertulerint arma naufragium*. No sólo en la Galia: Rut. Nam., *De re dit. suo*, I, 371, ed. Müller, L., *Claudii Rutilii Namatiani De re ditu suo libri II*, Teubner, Leipzig 1870, 11, tiene muy baja opinión del nivel cultural de los

de abordar la cuestión de la “germanización”, y centrándonos en el caso de la Galia, el primer ejemplo no es el de una sustitución de las formas romanas por las germanas, sino por las indígenas celtas, consideradas también como bárbaras por un aristócrata erudito como Sidonio Apolinar⁸³. Él mismo, en dos epístolas, hace notar la vulgarización de la lengua, aunque parece que se refiere a los influjos germánicos en el latín⁸⁴. En otra ocasión, aun así, alaba a Ecdicio, el hijo del emperador Avito, por haber convertido en romanos a los aristócratas “celtas” de Arvernia⁸⁵. Esto resulta curioso, teniendo en cuenta que se trata de las clases elevadas de una aristocracia plenamente romanizada en la segunda mitad del siglo V d. C. Cabría suponer que estos personajes estarían plenamente romanizados, como indican sus nombres en la correspondencia del propio Sidonio. Si nos trasladamos a Armórica, zona de habitual incidencia bagauda (término celta, por cierto), observaremos un fenómeno interesante: ya fueran líderes autóctonos, ya fueran exiliados britanos, lo cierto es que a mediados del siglo V todos los habitantes de Armórica eran ciudadanos romanos. En cambio, la onomástica de sus *reges* o *comites* (según si le hacemos caso a Sidonio Apolinar o a Gregorio de Tours) presenta sorprendentes ejemplos: Riothamus, Chanao, Macliaus, Chonomor, Bodicus,

incultos marinos de Italia.

⁸³ El “celtismo” del campo galo, en Brown, P., *El mundo en la Antigüedad Tardía*, cit., 21-23.

⁸⁴ Sid. Apol., *Epist.*, IV, 17, 1, ed. Loyen, A., Budé, 149: *sic barbarorum familiaris, quod tamen nescius barbarismorum*; VIII, 6, 18, ed. Loyen, A., Budé, 98: *Varronem logistoricum, sicut proposceras, et Eusebium chronographum misi, quorum si ad te lima peruenerit, si quid inter excubiales curas, utpote in castris, saltim sortito uacabis, poteris, postquam arma deteriseris, ori quoque tuo loquendi robiginem summouere*. Curiosamente, en otra epístola (Sid. Apol., *Epist.*, VI, 4, 1, ed. Loyen, A., Budé, 15: *Vargorum. Hoc enim nomine indígenas latrunculos nuncupant*), él mismo usa un término no latino, *Vargi*, claramente popular, para definir a ciertos grupos de bandidos, aunque cree necesario explicar su significado a su interlocutor.

⁸⁵ Sid. Apol., *Epist.*, III, 3, 2, ed. Loyen, A., Budé, 86: *mitto istic ob gratiam pueritae tuae undique gentium confluisse studia litterarum tuaeque personae quondam debitum quod sermonis Celtici squamam depositura nobilitas nunc oratorio stilo, nunc etiam Camenalibus modis imbuebatur*. El uso del término *Celta* es sintomático: no es un sinónimo de *Gallus*, el término habitual para designar a los habitantes de las Galias, sino que indica un claro componente de cultura indígena. Que la afirmación de Sidonio sea exagerada resulta hasta cierto punto irrelevante. Lo cierto es que Sidonio, en su tiempo, detectaba trazas indígenas en la nobleza tradicional arverna.

Warochus, Theudericus (hijo de Bodicus)⁸⁶. Excepto el último, de avanzado el siglo VI y relacionado claramente con los nombres de los reyes francos merovingios, todos los anteriores líderes de los bretones / armóricos tienen nombres celtas. O debemos suponer que durante los siglos de dominación romana la élite culturalmente céltica quedó apartada, oculta y perpetuando su lengua y cultura en secreto, e hizo su aparición triunfal en el momento en que el Imperio Romano dejó de oprimirles, cosa poco probable; o debemos identificar a estos personajes como aristócratas plenamente romanos que, con la desaparición del estado, adquirieron, a través de su onomástica, una identidad cultural distinta, no nueva sino, en este caso, antigua, que posiblemente jamás habían perdido.

Por lo que respecta a los romanos que adoptan nombres germánicos, además de la hipótesis planteada anteriormente en el caso de los bautismos arrianos, casi siempre nos movemos en el ámbito militar. Gundulfo, tío-abuelo materno de Gregorio de Tours y de familia romana senatorial, es militar⁸⁷. El *dux* Bobón, hijo de Mumoleno, también es militar⁸⁸. En una inscripción funeraria hispana del 562, Wiliulfus se define como *u(ir) inl(ustris)*⁸⁹; aunque este título está habitualmente relacionado con el de la aristocracia romana, el hecho de que se trate de un ejemplo del siglo VI podría llevarnos a pensar que, simplemente, se trata de un alto funcionario del reino visigodo, y no de un miembro de la clase senatorial hispanorromana que haya adoptado un nombre germánico. El caso de Coliseo, *comes* de Teodorico el Grande, no es un ejemplo onomástico, porque su nombre es plenamente latino, pero es interesante por cuanto que es también un militar. Martindale lo considera godo (étnicamente)⁹⁰, debido a que, en una carta oficial de Teodorico⁹¹, el rey ostrogodo le insta a traer la ley de los godos y su virtud a las gentes a las cuales encomienda el gobierno de Coliseo como *comes* y *uir inlustris*.

⁸⁶ El *rex Armoricae* Riothamus, Sid. Apol., *Epist.*, III, 9, ed. Loyen, A., Budé, 99. El resto, los *comites* citados por Greg. Turon., *Hist.*, IV, 4, *MGH srm*, 1/1, 137: Chanao, Macliaus, Chonomor; V, 16, *MGH srm*, 1/1, 214: Bodicus, Theudericus, Warochus.

⁸⁷ Greg. Turon., *Hist.*, VI, 11, *MGH srm*, 1/1, 281: *Haec cernens Childeburtus, Gundulfum ex domestico duce facto, de genere senatorio, Massiliam dirigit.*

⁸⁸ Greg. Turon., *Hist.*, VI, 45, *MGH srm*, 1/1, 318.

⁸⁹ Vives, J., *Inscripciones cristianas, cit.*, 52.

⁹⁰ *PLRE* II, 305, *Colosseus*.

⁹¹ Cassiod., *Variae*, III, 23, ed. Mommsen, T., *MGH aa*, 12, Berlin 1894, 91: *sola tibi placendi uia est, si quae gerimus imiteris. aequitatem foue, innocentiam animi uirtute defende, ut inter nationum consuetudinem peruersam Gothorum possis demonstrare iustitiam.*

Ésta es la única razón según la cual podríamos pensar que Coliseo es godo. Si así fuera, sería el caso inverso de un godo, en un reino germánico, que adopta un nombre romano, quizás en realidad sólo un *signum*, siendo militar. Visto de otra forma, dejando de lado la cuestión étnica, encontramos, simplemente, el caso de un militar, llamado Coliseo, que es identificado como godo o poseedor de las cualidades godas debido a su condición no sólo de militar, sino de alto funcionario real. En este caso, el elemento propiamente étnico pierde importancia, pues lo importante es la condición social y jurídica del personaje: es militar, alto oficial del rey y aplica la ley de los godos⁹². La cuestión de los militares es compleja precisamente por la combinación de estas ambigüedades conceptuales y la carencia de un corpus realmente sustancial de ejemplos. Esta situación no aclara la problemática sino que, al contrario, provoca dudas en el investigador. Gregorio de Tours enumera un buen número de *duces* francos, la mayoría de nombre germánico, pero algunos con nombre romano⁹³. De todos ellos, sólo de una pequeña fracción conocemos el parentesco y, curiosamente, entre estos pocos personajes encontramos a los citados Gundulfo y Bobón, mientras que, en la mayoría de los casos, a estos personajes les conocemos exclusivamente el nombre. ¿Qué razón hay para no pensar que algunos de estos militares tengan detrás una historia parecida a la de Gundulfo, vistos los ejemplos? La cuestión se complica si abandonamos a los militares, pues, hasta mediados del siglo VI, incluso entre los *comites* de las *ciuitates* galas, documentamos nombres romanos⁹⁴. En el caso de los clérigos, básicamente obispos, no sólo se trata de nombres romanos, sino que es bien conocida su pertenencia a las antiguas familias aristocráticas senatoriales galorromanas⁹⁵. No obstante (dejando de lado a los arrianos), a partir de mediados del siglo VI empezamos a encontrar obispos con nombres germánicos, hecho que no coincide tanto con la cristianización de los francos como con la creciente intervención

⁹² La identificación como “godo” de lo relacionado con la milicia y el servicio real en el reinado de Teodorico, en Amory, P., *People and Identity*, cit., 95-96.

⁹³ Entre otros, Bucelino, Greg. Turon., *Hist.*, III, 32, *MGH srm*, 1/1, 128; Eunio Múmulo, Greg. Turon., *Hist.*, IV, 42, *MGH srm*, 1/1, 174; Desiderio, Greg. Turon., *Hist.*, V, 13, *MGH srm*, 1/1, 207; o Dracoleno “Industrio”, Greg. Turon., *Hist.*, V, 25, *MGH srm*, 1/1, 231.

⁹⁴ Greg. Turon., *Hist.*, IV, 13, *MGH srm*, 1/1, 144, los *comites* Firmino y Salustio.

⁹⁵ Pietri, L., “L’ordine senatorio in Gallia dal 476 alla fine del VI secolo”, en Giardina, A., (coord.), *Società romana e impero tardoantico*, I [Instituzioni, ceti, economie], Bari 1986, 319. Un tercio de los aristócratas galos conocidos son clérigos.

de los reyes merovingios en la elección de las cátedras episcopales⁹⁶. De nuevo nos asalta la duda: ¿nombramiento de obispos étnicamente germanos (francos) o germanización cultural de los tradicionales nobles galorromanos en una época de fuerte identificación franca-católica⁹⁷? ¿O quizás una combinación de ambos fenómenos? Para el caso del África vándala, Víctor de Vita cita a muy pocos obispos o clérigos arrianos, la mayoría de los cuales tienen nombres germánicos, pero no todos⁹⁸. En el caso católico, en cambio, el cronista dedica todo un opúsculo a elaborar un catálogo de todos los obispos africanos católicos conocidos según unas listas datadas en el año 484. De los centenares de nombres que da, ninguno tiene nombre germánico, y sólo unos pocos casos concretos son de nombre no romano, pero de origen africano⁹⁹. Esta es una muestra de los problemas derivados de la selección de datos por parte de las fuentes: el número de obispos arrianos conocidos en África en la época de Geiserico y Hunerico no alcanza la decena, mientras que, por otro lado, conocemos el nombre y la diócesis de más de cuatrocientos obispos y prelados católicos sólo en el reinado de Hunerico. ¡La perspectiva estadística que ofrecen estos datos es bastante elocuente!

Conclusiones

La adopción de nuevas identidades, por mucho que sea simbólicamente, o la afirmación de otras, brinda muchos ejemplos a través de la onomástica, aunque desafortunadamente nos enfrentamos a dos problemas. El primero es de tipo

⁹⁶ Greg. Turon., *Hist.*, V, 18, *MGH srm*, 1/1, 219, el obispo Beltrán (Bertchramnus) de Ruán; Greg. Turon., *Hist.*, VI, 9, *MGH srm*, 1/1, 279, el obispo Bedegiselo de Le Mans, antiguo mayordomo real. El primer clérigo, probablemente católico, con nombre germano data, no obstante, de aproximadamente el 476, un abad (de un lugar indeterminado) llamado Chariobaudus, véase Sid. Apol., *Epist.*, VII, 16, ed. Loyen, A., Budé, 75.

⁹⁷ Respecto a la germanización de las élites romanas, por lo menos lingüísticamente, en un contexto de dominio germánico, Sid. Apol. *Epist.*, V, 5, 1, ed. Loyen, A., Budé, 180: *Cum sis consulis pronepos [...] quantum stupeam sermonis te Germanici notitiam tanta facilitate rapuisse* (burgundios); Sid. Apol., *Epist.*, VIII, 6, 18, ed. Loyen, A., Budé, 98 (Cf. n 84) (visigodos).

⁹⁸ Cf. n. 69. Victor Vit., *Hist. Pers. Afr. prou.*, III, 42, ed. Lancel, S., Budé, 197, el obispo arriano Antonio.

⁹⁹ Gulosus (Victor Vit., *Not. Prou. et Ciu. Africae*, I, 9, ed. Lancel, S., Budé, 252), Metcun (Victor Vit., *Not. Prou. et Ciu. Africae*, IV, 54, ed. Lancel, S., Budé, 266), Miggin (Victor Vit., *Not. Prou. et Ciu. Africae*, IV, 93, ed. Lancel, S., Budé, 268), entre otros.

práctico, debido a la escasez de fuentes exhaustivas. Excepto en regiones concretas (Egipto), no disponemos de grandes bases de datos onomásticos completos y fiables para realizar un estudio estadístico profundo, y a menudo la investigación se limita a una serie de casos concretos, numerosos, sí, pero concretos, de los cuales el investigador debe extraer sus conclusiones. El segundo problema, teórico, y derivado del anterior, es que, por un lado, la limitación temática o ideológica de las fuentes y, por otro, la variedad de casos y ejemplos que podemos hallar, contribuyen no a aclarar y definir unas prácticas o unas tendencias concretas, sino a ampliar las divergencias e imposibilitar, por lo menos de manera unívoca, el establecimiento de reglas generales. La disparidad de ejemplos es tan grande como la de los casos, situaciones, contextos, intenciones de cada fuente en cada momento. Lo que se cumple en una persona no se cumple en otra, dadas aparentemente las mismas condiciones. Por lo menos, a lo largo de este trabajo hemos expuesto y analizado una serie de casos que demuestran el uso de la onomástica como elemento identitario por parte de los hombres y las mujeres de la Antigüedad Tardía, ya sea esta identidad social, religiosa o étnica; lo cual pone de manifiesto una serie de problemáticas en la cuestión de la definición de identidades que hay que tener presentes: los personajes de los siglos V-VI se definían a ellos mismos y eran definidos por sus contemporáneos en función de una serie de parámetros distintos pero inclusivos que las fuentes reflejan según un código lingüístico / cultural determinado (a menudo unívoco) que el investigador debe tener en consideración. Como hemos afirmado en el inicio, a través de su nombre, un personaje germánico, si no disponemos de información complementaria, no debería indicarnos necesariamente su identidad étnica, aunque, por supuesto, pueda ser el caso, sino que este nombre, para él o ella, o para su entorno social, puede evocar una determinada creencia (quizás simplemente es un converso arriano) o un estatus social (quizás es un soldado, o quizás se ha casado con un noble germánico). En general, al investigador le resultará más cómodo pensar en el caso inverso (romanización) pero, como hemos visto, no hay muchas razones para negar que también sucedía lo contrario en el complejo mundo de los siglos V-VI d. C.

Recibido: 18/01/2014

Aceptado: 2/04/2014

Apéndice Gráfico

Fig. 1: *Stemma* de la dinastía teodosiana. *Fuente: PLRE II, p. 1308, Stemmata 1.*

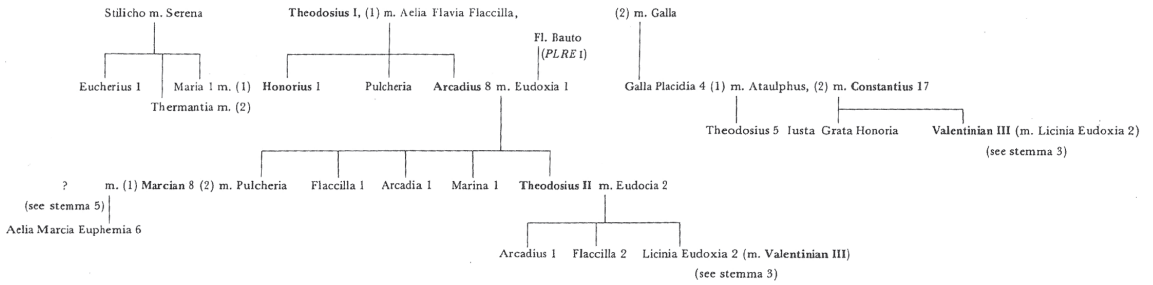


Fig. 2: Familia del emperador Rómulo Augusto. *Fuente: PLRE II, p. 1316, Stemmata 12.*

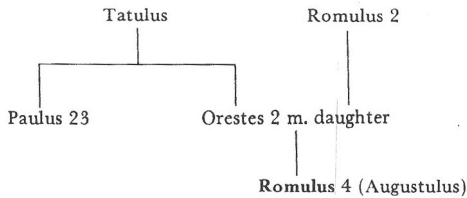


Fig. 3: Familia de Aspar. *Fuente: PLRE II, p. 1310, Stemmata 4.*

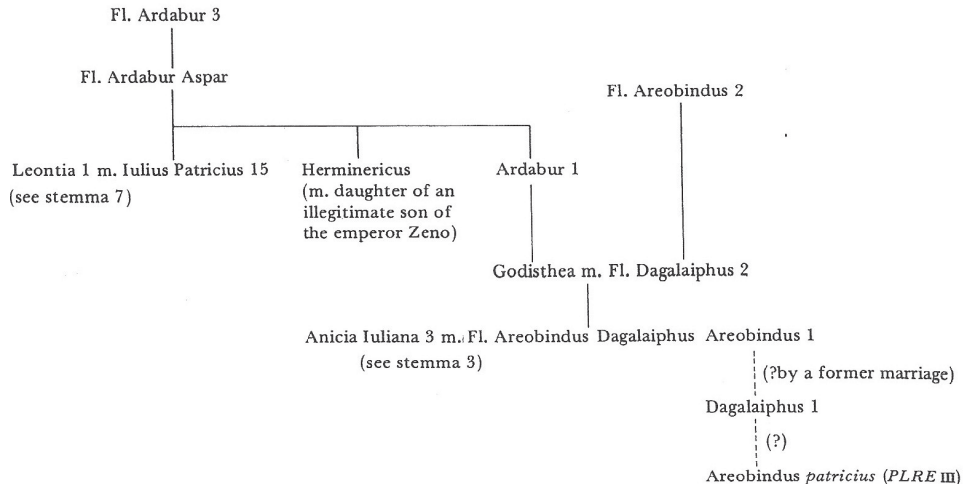


Fig. 4: Familia de Flavio Aecio. Fuente: *PLRE II*, p. 1316, *Stemmata* 13.

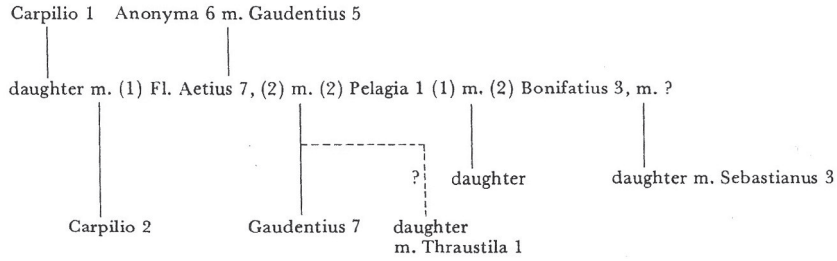
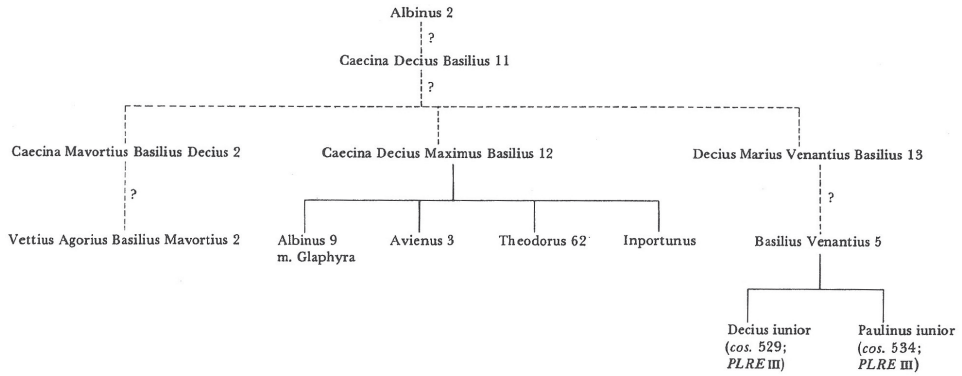


Fig. 5: *Stemma* de los Decii. Fuente: *PLRE II*, p. 1324, *Stemmata* 26.



La onomástica como indicador de identidad en el Bajo Imperio romano. Una aproximación a las problemáticas analíticas

RESUMEN: La definición de las identidades (culturales, religiosas, sociales, étnicas) en el Bajo Imperio romano y los primeros reinos germánicos (ss. V-VI d. C.) ha sido, y está siendo, objeto de una profunda revisión en los últimos años. En este sentido, el uso de criterios onomásticos no siempre ha tenido en cuenta la enorme complejidad que entraña esta cuestión a la hora de definir las identidades. En este estudio, mediante ejemplos diversos, analizaremos las principales características de las costumbres onomásticas bajoimperiales y las diversas problemáticas que se presentan al investigador cuando se trata de traducir estos datos a la caracterización social, religiosa o étnica de sus “propietarios”.

PALABRAS CLAVE: onomástica, identidad, Bajo Imperio romano, religión, etnicidad.

Onomastics as an identity marker in the Late Roman Empire. An approach to analytic issues

ABSTRACT: At the end of the fourth century, the bishop Ambrose of Milan defended the biblical definition of identities (whether cultural, religious, social, ethnic) in Late Roman Empire and early German kingdoms (5th-6th centuries AD) has been, and is already being, object of deep revision in the last years. Given this, the use of onomastic criteria has not always paid attention to the enormous complexity within this issue when it comes to define identities. By using several examples, we are going to analyse, in this study, the main features of Late Roman onomastic habits and the various troubles which the scholar has to face when it comes to translate these facts into their “holders” social, religious, or ethnic characterisation.

KEYWORDS: onomastics, identity, Late Roman Empire, religion, ethnicity.